

XIII. EL LIBRO DEL ELLO.

El SUSTITUTO fue Sandor Ferenczi. Este hombre cordial, tierno y encantador había estado enfermo durante largos periodos de su vida. Se casó tarde, principalmente por lo enfermizo de su naturaleza. Jones lo consideraba un hipocondriaco, pero no era del todo justo. Ferenczi siempre tuvo una relación especial con Freud, quien lo consideraba casi como un hijo. Cualesquiera que fueran sus desacuerdos, Freud siempre se alegraba cuando volvían a sostener buenas relaciones. Hasta Georg Groddeck, que nunca fue para Jones sino “una rareza divertida”, sostuvo una relación especial con Freud. A pesar de todos los inestimables servicios que le prestaba, Jones nunca fue un hijo favorito y debe haberle resultado difícil entender la inclinación de Freud hacia gente un tanto excéntrica.

En 1921, Ferenczi sufría de nefroesclerosis, complicada con graves dolores de cabeza, y Felix Deutsch, médico de Freud, fue consultado. Deutsch le mandó el paciente a Groddeck.

Ferenczi llegó a Baden-Baden con su esposa Gisela. Los dos hombres entablaron una amistad que duraría toda la vida y sus esposas se hicieron íntimas amigas. Después de una corta estancia, Ferenczi volvió a su casa “notablemente aliviado”, libre de aquellos síntomas y optimista sobre su salud futura. Desde ese momento, se tomó regularmente “vacaciones terapéuticas” en Baden-Baden.

No existe constancia del tratamiento que recibió. Con otros pacientes enfermos del riñón, Groddeck combinaba con frecuencia la psicoterapia con los masajes; algunas veces recomendaba los baños. Después de 1909, algunas veces no daba ningún tratamiento físico. Trataba al paciente, no a la enfermedad, y la enfermedad del riñón no era igual en todos los pacientes. Sea cual fuera el tratamiento de Groddeck, Ferenczi pudo volver a trabajar, a pesar de un riñón permanentemente afectado, por muchos años.

Después de la partida de Ferenczi, volvió Groddeck a su libro. En diciembre escribió a Freud para decirle que el libro estaba terminado y que nuevamente estaba trabajando en las cartas. Podía haber seguido adelante, pero no quería que el libro fuera demasiado largo. En la revisión, prometía, “trataré de suprimir toda la hostilidad, y de hacerlas especialmente legibles”.

Habían perdido algo para él. Al principio, cuando se había permitido escribir precisamente como se le antojaba, le habían gustado. Parecían escribirse solas. Pero las había podado y domesticado, y ahora, “aunque todavía me gustan algunas de ellas... en general el conjunto se ha vuelto demasiado irónico para mí. Las conferencias de las que surgieron tenían entusiasmo y eso parece haberse escondido un poco detrás de la máscara riente.”

La pérdida de entusiasmo era el precio que Groddeck pagaba por la aprobación de Freud. Las cartas no eran ya completamente suyas, sino en parte de Freud. El precio no era demasiado alto para él, pero después de pagarlo, quería recibir la aprobación.

Prosiguió, en una carta, con otras cosas.

Mientras tanto, Ferenczi ha estado aquí. Me produjo un gran placer... Prometió volver a venir y creo que cumplirá su promesa... hasta aquí me he sentido satisfecho con la sustitución, pero sigue siendo una sustitución y no me libera de la promesa de no dejarlo tranquilo hasta que usted mismo venga. Baden-Baden vale la pena de verse y ni Troll^{1*} ni yo dejamos de interrogar a los dos Ferenczi sobre los deseos y necesidades de Freud. Usted no creará el papel que esta fantasía, sobre la que tanto he soñado, representa en mi vida.

1.-* Emmy. En el libro de Cartas, la firma es Patrik Troll.

Le enviaré el manuscrito de las cartas cuando estén listas para ser editadas, hacia fines de mes. Pueden empezar a imprimir en cualquier momento ya. En enero y febrero entraré en un periodo de soledad y empezaré entonces la segunda parte de *Der Seelensucher*. Probablemente eso me mantendrá ocupado todo el próximo año. Me complació la crítica de Ferenczi. Me la trajo cuando vino a Baden-Baden...

Mi actividad práctica está llena de sorpresas y espero tener más éxito en la medida en que la ejerza con más originalidad. El peligro de filosofar y del ocultismo están, pues, lejos de mí. Tengo cierta inclinación por lo primero, pero lo oculto es un tabú para mí.

Estoy dedicado al tratamiento de una señora con artritis deformante en ambas coyunturas de las rodillas y luxación habitual de la rótula. Espero que será un éxito. Hasta ahora, el principal resultado ha sido que me caí de la bicicleta cuando iba a ver a la paciente y me rompí la rodilla derecha. Esto me ha conducido una vez más al auto-análisis, y el resultado es excelente.

Ferenczi escribió que Baden-Baden podía ser el lugar de reunión del Congreso de 1923. Me llenaría de entusiasmo que así fuera y en realidad no creo que pudiera encontrarse un lugar mejor ni más conveniente.

La crítica de Ferenczi sobre *Der Seelensucher*, que apareció más tarde en *Imago*, debe de haber encantado a Groddeck después de todo el escándalo contra el libro. Sobre todo, estaba escrita objetivamente, antes que Ferenczi se convirtiera en su paciente y amigo. Era una apreciación comprensiva desde los círculos oficiales, apenas la segunda para Groddeck, y ambas escritas por Ferenczi.

La introducción a la reseña era una descripción de la labor de Groddeck en el tratamiento analítico de la enfermedad orgánica, incluido en beneficio de los que no estaban familiarizados con sus escritos. Ferenczi hablaba después de la novela.

No soy crítico literario ni pretendo juzgar el valor estético de esta novela; creo, sin embargo, que no puede ser un mal libro el que logre, como éste, sostener la atención del lector desde el principio hasta el fin y exponer los difíciles problemas biológicos y fisiológicos en una forma humorística y hasta cómica, así como presentar con humor amable escenas crudamente grotescas y profundamente trágicas que, tomadas en sí mismas, habrían sido repugnantes.

Ingeniosamente presenta a su personaje, Müller-Weltlein, el “*Seelensucher*”, como un loco genial, y el lector nunca puede estar seguro de si está revelando los resultados de su genio o de su locura. De esta manera, Groddeck-Weltlein puede exponer muchas cosas que no podría en un libro científico ni en una fantasía seriamente intencionada sin desafiar al mundo entero. El Burgués indignado pediría enseguida la camisa de fuerza; pero como el burlón autor ya se la ha puesto, ni siquiera los guardianes de la moral pública tienen otra opción que poner buena cara y reírse. Además, muchos médicos, pensadores y filósofos encontrarán en este libro los principios de una filosofía libre de las trabas del misticismo tradicional y del dogmatismo, y los rudimentos de una revaloración del hombre y las instituciones. El valor educacional del libro está en el hecho de que el autor, como Swift, Rabelais y Balzac en el pasado, ha arrancado la máscara de la cara del espíritu, pío, hipócrita, de la época y ha expuesto la crueldad y la lujuria escondidas tras ella, al mismo tiempo que comprende su inevitabilidad...

Sólo por esta nota Groddeck se habría sentido para siempre agradecido a Ferenczi.

Al finalizar el año, Freud escribió, deseándole a Groddeck “todo lo mejor y más feliz para el próximo año de 1922”. Era muy agradable, decía Freud, saber que en cualquier momento en que se sintiera fallar habría para él un refugio en Baden-Baden, pero las posibilidades de una visita eran escasas. Trabajaba arduamente viendo a nueve discípulos al día pero sólo a un paciente. No estaba escribiendo nada, pero pasaba mucho tiempo leyendo los manuscritos de otros. Prometió que cuando llegara el manuscrito de Groddeck, dejaría todo lo demás para facilitar su publicación. Era una buena noticia que *Der Seelensucher* fuera a tener una segunda parte.

Como sucedía una que otra vez en su correspondencia, la carta de Groddeck, fechada el 30, se cruzó con la de Freud del 29. Groddeck escribió que le mandaba el manuscrito completo de *El Libro del Ello* y le pidió a Freud que se lo pasara a Rank, editor del *Verlag*. Ofrecía tres títulos posibles, de los que Freud debía escoger el que más le gustara. Se estaba preparando para irse a las montañas por dos meses, y le daba a Freud la dirección.

El libro era ahora tan de Freud que inclusive dejaba que éste escogiera el título. Parece una pena que el manuscrito original no pueda conseguirse. Sería interesante ver los cambios que se produjeron en el esfuerzo por “suprimir toda la hostilidad” y hacer el libro más aceptable a los analistas.

“No me entero mucho de lo que pasa entre los psicoanalistas”, escribió Groddeck. “Vivo demasiado lejos de Berlín. Una que otra vez Ferenczi me informa algo. Cuando no, vivo de las revistas y de mis propias experiencias.”

Emmy tenía el plan de traducir la obra de Freud al sueco y Groddeck entendía bastante sueco para ayudarla. Se lo mencionó a Freud, refiriéndose nuevamente a Emmy como *Troll*, el nombre con que firmaba las cartas en *El Libro del Ello*.

Mi práctica este año me ha dado algunos resultados muy buenos, también para mi propio desarrollo. Si sigue así unos cuantos años más, usted recibirá todavía satisfacciones de su más extravagante y fiel discípulo.

Es cálido y agradable vivir aquí, casi como si ya estuviésemos en primavera. Estamos en medio de los preparativos de nuestra partida; empacamos latas, colchas, platos y utensilios para fumar, que no quiero dejar. Todas las botas tienen clavos y el estómago, que se ha agrandado bastante, está ansioso de perder un poco de grasa.^{2*} Habbakuk, el gato, y Fick, el canario, vendrán con nosotros. Troll-Voigt ha empacado el libro de cocina y se me hace agua la boca con sus descripciones del arte de la cocina sueca.

¿Por qué le escribo todo esto? Para hacerle desear venir a vernos y hacer el viaje con nosotros; si no lo hace usted pronto, por lo menos puedo imaginar que en sus pensamientos se acerca a mí.

Y ahora, por último, los mejores deseos para el nuevo año. Todo lo mejor para usted y los suyos.

Las vacaciones no resultaron bien en un principio. Durante un mes, no pudo escribir. Estaba terriblemente cansado, necesitado de largas horas de sueño, algo que no había experimentado desde sus días escolares. Freud permanecía en silencio y Groddeck empezó a preocuparse. Por fin le escribió a Freud.

Después de algunas marchas forzadas por la nieve en las montañas vuelvo a sentirme alegre... Considero su silencio sobre las Cartas a la Amiga como una señal de que ha encontrado algunos puntos objetables, sí, que inclusive algunos puntos importantes no le agradan. Aunque esto me daría mucha pena, no sería irreparable. La estructura de la forma epistolar permite toda clase de cambios. Ésa fue la razón principal por la que escogí una forma de escritura tan extraña. Cuento con sus críticas y las aprovecharé. Personalmente no me importa si cometo errores en mis obras. Sólo sería desagradable si le molestara a usted...

Pocos hijos son tan devotos que consideran que su producción sólo tiene valor se complace al padre. La preocupación de Groddeck no era tener que hacer cambios a su libro, sino que pudiera provocarle alguna molestia a Freud. Esta actitud no era favorecida por Freud, quien hacía sugerencias de una manera amistosa y nunca insistía en un cambio. Era cosa de Groddeck. Se colocaba en la posición del hijo menor, que debe complacer a su padre a cualquier precio. El libro ya estaba tan cambiado que no lo reconocía como suyo y estaba dispuesto a introducir otros cambios, cualquier cosa que quisiera Freud.

Freud contestó con una excusa por la demora en escribir. Había estado ocupado con correspondencia, con

2.-* Una alusión al embarazo; cuando se preparaba para escribir algo, se le hinchaba es estómago.

su profesión y otros asuntos y Ferenczi y Abraham habían estado como huéspedes en su casa. Durante varias semanas había estado enfermo con una gripe que lo debilitó. Su silencio no significaba que el manuscrito no le complaciera.

“Por el contrario, a mi me hubiera gustado presentarlo a un público adorador, fácil de guiar, con toda su mala conducta y su originalidad y pedirle que lo tomara tal como es.” Pero Rank, como editor del *Verlag*, tenía unas cuantas sugerencias y el juicio de Rank era bueno.

La carta proseguía con una expresión franca y amistosa de la actitud de Freud.

Mis desviaciones críticas de usted aparecieron al principio de nuestra correspondencia. Que no comparto su pansiquismo, que equivale casi al misticismo, sino que antes bien admito mi agnosticismo; que considero que usted despreció demasiado pronto la razón y la ciencia... todo esto lo he reconocido como su auténtico derecho personal y ni me ha afectado en la apreciación de sus trabajos, ni me ha confundido en la estimación de sus descubrimientos e interpretaciones originales.

La carta no consoló a Groddeck. Quería más, quería una especie de apoyo oficial, o quizás el tipo de elogio caluroso que un padre afectuoso podría darle a un hijo bien dotado. Ya deseara una u otra cosa, no lo encontró en esta carta y una semana después envió a Freud una larga respuesta. Había recibido un mensaje de Rank, recomendando cortes al manuscrito. Había aceptado todas las sugerencias de Rank. Haría todos los cambios que deseara Rank, por lo que Freud había dicho sobre el buen juicio de Rank.

Hasta ahora todo marcha satisfactoriamente, pero he aprovechado esta oportunidad para preguntarle a Rank qué disposición hay en la editorial hacia mis obras y me gustaría plantearle a usted personalmente la misma pregunta. Lo que todavía me preocupa es que yo, un subjetivista manifiesto, estoy en medio de quienes creen objetivamente, todavía encadenados por el convencimiento crónico de no saber nada. Extrañamente, lo que me ha dado el valor suficiente para manifestarme en público fue su aprobación personal de mis trabajos. Ahora no tengo la convicción de que esa aprobación se extienda también a las Cartas, y me gustaría pedirle que me dijera si he resultado un creador de problemas. No es probable que, una vez en un camino, yo pudiera quedarme inmóvil o siquiera apartarme de él. En las Cartas está, por extraño que parezca, la dirección evidente en la que me muevo. Si esa dirección, que conduce cada vez más a la oscuridad, está de acuerdo con la labor de sus discípulos, me agrada mucho. No conozco a nadie sino a usted a quien pueda hacerle esta pregunta importante: si los dirigentes del movimiento psicoanalítico aprobarán o cuando menos soportarán lo que he escrito o escriba en el futuro en el mismo tono. Le ruego que me escriba.

Freud, que ya había elogiado las cartas media docena de veces, no mostró ni sorpresa ni impaciencia ante esta nueva demanda de aprobación. No indicó siquiera que pudiera cansarse de las frecuentes peticiones de seguridad de Groddeck. Su carta era amable y paternal.

Siento que lo hayamos confundido momentáneamente. *Fishing for compliments*^{3*} no parece muy propio de usted. Le ruego que no se sienta. A otros les complace alejarse de mí. Cuando estoy con alguien es por mucho tiempo. He gozado mucho con sus Cartas a la amiga...

Le mandó un ejemplar de regalo de una nueva edición de sus conferencias. Groddeck se sintió contento. Escribió una carta simpática donde decía que el bonito volumen le daba mucha satisfacción. Sus vacaciones

3.-* Escrito en Ingles. (Significa “andar en busca de elogios”).

llegaban a su fin; no había trabajado nada, pero había aprovechado el descanso.

Ese año hubo diversas cartas, pero ya no hubo quejas ni preguntas. Las “Cartas a la amiga” recibieron por fin el título de *Das Buch vom Es (El Libro del Ello)*, sugerido por Freud o por Rank.

En mayo, Groddeck envió un artículo para el *Journal*, y en el verano, Ferenczi hizo una visita a Baden-Baden, combinando la terapia con las vacaciones. Ferenczi no se cansaba de cantar las alabanzas a Groddeck y hablaba con tanta frecuencia de los efectos benéficos de unas “vacaciones analíticas” que varios otros lo probaron. El sanatorio de Groddeck con frecuencia tenía más analistas que legos durante la temporada de calor.

A Groddeck le gustaban mucho las visitas de Ferenczi. De esta visita dijo, en una carta a Freud: “Me resultó refrescante ver a Ferenczi. Me siento muy cerca de su manera de ser y nos hemos hecho muy buenos amigos.”

En esta ocasión, por primera vez, Ferenczi llevó a Baden-Baden a sus pacientes que querían continuar sin interrupción sus análisis. Alquilaron cuartos en la ciudad y tenían sus sesiones regulares con Ferenczi, quien a su vez tenía sus sesiones regulares con Groddeck. Era un sistema satisfactorio para todos y Ferenczi continuó con esta costumbre durante muchos años.

En septiembre, el Congreso Psicoanalítico Internacional fue celebrado en Berlín. Groddeck habló de *El vuelo a la filosofía*. Esta vez había preparado sus observaciones por anticipado y el discurso estaba bien organizado. Un resumen de la charla se publicó en el *International Journal*. Empezaba así:

El orador analizó la cuestión de si la concepción actual del inconsciente basta para los fines del tratamiento psicoanalítico. En su opinión, hay en el ser humano fuerzas que no son comprendidas adecuadamente por el término “inconsciente” tal como se ha empleado hasta ahora. Propuso designar esas fuerzas, todavía indefinidas, con la palabra *Es (Ello)*. Cree que todas las manifestaciones de la vida en el hombre: su forma exterior, su estructura, las alteraciones y el funcionamiento de sus órganos, sus acciones y sus pensamientos, sus enfermedades psíquicas y físicas... son simplemente fenómenos distintos en los que se manifiesta el *Es*.

La charla fue mejor recibida que el infortunado intento de La Haya. Aunque muchos pensaron que pretendía demasiado para el psicoanálisis, su premisa era interesante. En una cena que dio Eitington, trataron de que Groddeck y Emmy se sintieran bien acogidos. Lou Salomé se mostró especialmente amistosa y Freud estuvo amable y encantador.

De este congreso, Groddeck no se quejó a Freud. Ahora tenía unos cuantos amigos en la sociedad. Ferenczi era su más sólido apoyo, Karen Horney lo consideraba con afecto y respeto, Ernst Simmel planeaba una visita a Baden-Baden. Sus ideas eran recibidas con más comprensión por algunos de los trabajadores a los que se dirigía en su sociedad cooperativa, pero ya no acaso mayor de la que debieran tener.

XIII. “El libro del Ello”, pp. 90-97, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck
Volver a News 9-ex-63